

Verduras y hortalizas

María Teresa Gallego Urrutia

Traductora. Madrid (España)

¿Por qué una traducción, a veces, *suen a traducida*? Si nos paramos a estudiarla detenidamente no apreciamos ninguna incorrección. Y, sin embargo..., sin embargo, la lengua original se transparenta. Lo cual solo le resulta evidente, además de molesto, a quien conozca dicha lengua. Pero crea también una sensación de confusa desazón en el lector que no la conoce. Creo que, en lenguas que comparten raíces, el problema reside muchas veces en que el traductor se queda demasiado *pegado* al vocablo castellano más próximo al que aparece en el original. Cuando las palabras acuden automáticamente a la cabeza —o a los dedos— porque existe una raíz común y, por tanto, un parecido fonético, o cuando sucede otro tanto porque son palabras muy corrientes con una correspondencia muy *tradicional*, muy *mecánica*, existe el peligro de elegir siempre la primera que se viene a la mente, sin pararse a pensar si es esa la que se usaría espontáneamente si se estuviera escribiendo y no traduciendo, o la que aporta el matiz más adecuado. Hasta cierto punto, estamos ante un caso de *falsos amigos* que, aunque no hacen caer en incorrección, sí van en menoscabo de la *naturalidad* del texto en su nueva lengua, de su auténtica *re-escritura*. Sirva de aclaración el título que encabeza estas líneas ¿Por qué, en una traducción del francés, se ha de poner siempre *verdura* para *légume/légumes* si en algunos casos sería mucho más adecuado decantarse por *hortalizas*? Y, eso sí, otras veces será preferible quedarse con *verdura* o *verduras*. *Là est la question*; y el tino en esa elección es lo que da el punto adecuado al guiso.

Para entenderme conmigo misma y con los amigos, colegas o alumnos con los que hablo de traducción, he dado, pues, desde hace tiempo, en la costumbre de llamar *hortalizas* a las palabras que, en el texto traducido, son fruto de cavilaciones que nos hagan superar el escollo de quedarnos con la elección más manida. Y, para remachar el clavo, querría citar algún caso más. ¿Por qué *arracher* ha de ser siempre *arrancar* si es muy posible que, si no estuviéramos traduciendo, hubiéramos quizá utilizado *arrebatar* o *dar un tirón*? ¿Por qué *cercle* ha de ser siempre *círculo* cuando puede ser *redondel*? ¿Y *chantonner*, *canturrear*, si quizá sea más oportuno *tararear*? ¿Y por qué traducir siempre *barato* cuando aparece *bon marché*, siendo así que, según el dónde, el cómo y el cuándo, quizá sea más indicado decir *económico*? *Svelte* será a veces *espigado* en vez de *esbelto*; y *talent* puede traducirse por *dotes* amén de por *talento*. Los ejemplos son incontables.

De todas formas, y lo digo por experiencia propia, no es cosa de caer en el extremo contrario. Más de una vez me he sorprendido buscándole tres pies al gato de forma innecesaria y cayendo en la cuenta, al cabo de un rato, de que si me estaba resistiendo a escribir, verbigracia, *desear* —que era sin lugar a dudas la palabra más adecuada—, era porque en francés ponía, casualmente, *désirer*. Y, en fin, bueno está lo bueno, pero, la verdad, tampoco hay que pasarse.